

El Dios oculto

"El ateísmo —nos dice el Vaticano II— debe ser considerado entre las más graves realidades de nuestro tiempo" (La Iglesia en el mundo contemporáneo, n. 19). De allí que le dedique tres números de la Constitución citada. El lenguaje conciliar, sin embargo, no se dirige al no creyente de un modo directo. **"Se afirma, por ejemplo —dice Rahner—, que Dios es la única solución de todos los problemas vitales del hombre, como si fuese evidente al hombre actual sea creyente o no, el verdadero significado de la palabra DIOS"** (1). Vemos así que en este tema, como en tantos otros, el Concilio no es una meta cerrada, sino un punto de partida.

¿ATEOS SIN CULPA?

El pensamiento tradicional católico sostenía esta tesis: "Un hombre adulto y normal, que profese el ateísmo explícito durante un largo tiempo, no puede estar sin culpa moral". Se admitía que por un corto tiempo sí, se podía atravesar momentos de crisis, oscuridad en la fe, pero que, a la larga, una inteligencia normal debía encontrar a Dios. Ahora bien, **"El Concilio —piensa Rahner— no sólo prescinde de esta tesis, sino que presupone la tesis contraria, es decir, mantiene la opinión de que puede darse en el adulto normal un ateísmo explícito que dure largo tiempo, y hasta toda la vida, ateísmo que no significaría de por sí prueba alguna de una culpa moral por parte de tal incrédulo"** (2).

El Concilio parece restringir la culpabilidad a aquellos ateos que obran contra su conciencia: **"Sin género de duda, no están libres de culpa los que voluntariamente se esfuerzan por alejar a Dios de su corazón y evitar la problemática religiosa porque no siguen un dictamen de su conciencia"** (n. 19). Pero de ningún modo se afirma ya que todo ateísmo explícito, aun en personas adultas, en circunstancias normales y durante un largo tiempo, implique necesariamente una culpa moral.

La tesis tradicional de la culpabilidad de los

ateos partía, por otro lado, de una concepción muy individualista: el ateo aislado, enfrentado con su incredulidad, su conciencia y su culpa. Este modo de ver hacía juego con un enfoque de la fe también muy individualista. Es verdad que la fe es **personal** y no puede quedar librada a tradiciones (lo que creían nuestros padres), a costumbres sociales (bautismo, primera comunión, casamiento, entierro) ni a una modalidad del ser espiritual de una sociedad política (un país católico con gobernantes que deben ser católicos, etc.). Todo ello son acompañamientos o secuelas de la fe, ayudas y, a veces, también obstáculos. La fe es inconcebible si no radica en la conciencia personal. Pero siendo personal, la fe es también comunitaria. El hombre se descubre como **yo** (persona) al abrirse a un **tú** y lograr la comunidad del **nosotros**, a tal punto que, para un hombre existencialmente enclaustrado, carecería de significado el término "yo". Y de modo análogo, la fe se descubre a sí misma en la comunidad creyente. La Iglesia, en frase del Concilio, es una comunidad de fe, esperanza y caridad.

Y así como la fe no es una aventura a la que se arroja el creyente en su quijotesca individualidad, tampoco el ateísmo es un problema puramente individual. Constituye un fenómeno social, del cual responsabiliza el Concilio tanto a los incrédulos como a los creyentes: **"En esta proliferación del ateísmo puede muy bien suceder que una parte no pequeña de la responsabilidad cargue sobre los creyentes, en cuanto que, por el descuido en educar su fe o por una exposición falaz de la doctrina, o también por los defectos de su vida religiosa, moral o social, se ha de decir que ellos ocultan más que revelan el rostro auténtico de Dios y de la religión"** (n. 19).

¿SALVACION DE LOS ATEOS?

De la pregunta: ¿puede haber ateos sin culpa? pasamos, naturalmente, a esta otra: ¿pueden salvarse los ateos? Por supuesto que sí, responderá alguno, si se arrepienten al menos en la hora de



marca su nivel !

Su famosa calidad
y su sabor internacional hacen de LM
el cigarrillo de Los Mejores momentos.

la muerte. Pero esto era demasiado evidente. La pregunta, propiamente, es: ¿puede salvarse un ateo que muere profesando su ateísmo?

El Concilio, en la Constitución sobre la Iglesia ("Lumen gentium"), abre la puerta que había permanecido estrecha: **"Este mismo Dios tampoco está lejos de otros que entre sombras e imágenes buscan al DIOS DESCONOCIDO... y el Salvador quiere que todos los hombres se salven"** (n. 16). La característica, precisamente del Dios actual es ser desconocido, oculto. En ello mismo se trasluce un rasgo de su trascendencia, es decir, que no forma parte de este mundo experimentable. Y sin embargo, siendo desconocido es buscado "entre sombras e imágenes", porque, en el fondo, es Dios el que busca al hombre y se hace buscar por el hombre.

Más explícito aún es el siguiente párrafo de la "Lumen gentium": **"La divina Providencia no niega los auxilios necesarios para la salvación a los que sin culpa por su parte no llegaron todavía a un claro conocimiento de Dios y, sin embargo, se esfuerzan, ayudados por la gracia divina, en conseguir una vida recta. La Iglesia aprecia todo lo bueno y verdadero que entre ellos se da"**... (n. 16). No se piense que la Iglesia "tolera" de mala gana a esa clase baja espiritual y le deje alguna chance para salvarse. La salvación de todos los hombres es un obra en la que Dios está empeñado personalmente, se ocupa directamente de ella y no sólo por medio de sus ministros. En este asunto se juega el prestigio de Dios, la palabra que El ha empeñado, y acepta de antemano cualquier sacrificio con tal de lograrlo. Ni siquiera retrocedió ante la inmolación de su propio Hijo. Por el contrario asumió ese destino trágico como esperanza de salvación.

En la "Gaudium et Spes" vuelve el Concilio sobre esta idea: **"Todo esto es válido no sólo para los que creen en Cristo, sino para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de un modo invisible"** (n. 22). Todas estas ideas, que hoy pueden parecernos tan naturales, se fueron abriendo camino con no poca dificultad en los últimos cien años. La Iglesia tuvo sus momentos "pesimistas" como hoy vive una euforia "optimista". En cierto sentido implica un progreso, y muy sensible para la mentalidad de hoy. Pero encierra también nuevos y no despreciables riesgos, como veremos más adelante.

¿ATEOS CON FE?

Al afirmar que los ateos pueden salvarse, parecería que se ha entrado en colisión con el dogma de que **sólo por la fe** se obtiene la justificación y, en consecuencia, la salvación. Tal vez habíamos llegado a pensar que los creyentes se pueden salvar por la fe, mientras que los no creyentes por su **buena voluntad**. Unos apelando a la inteligencia, que conoce a Dios, y otros a la voluntad, que obra el bien. A los ateos de buen cora-

zón, Dios los salvaría por un acto de misericordia, aunque no cumplieran el requisito mínimo fijado por El mismo, algo así como cuando aprobamos a un alumno, por compasión, teniendo en cuenta su empeño y sus dificultades, aunque en realidad no poseía el mínimo de conocimientos requeridos. Una tal visión puede llevarnos a imaginar a un Dios, no bueno sino bonachón, no Padre sino abuelito, que al final comprendió que se le había ido la mano al amenazarnos con el infierno. Una tal visión supondría, además, que Dios tiene dos planes de salvación, uno para los creyentes y otro para los no creyentes, dos tipos de "gracia", dos Providencias, cuando en la Biblia nos reveló que Jesús es el único camino para reencontrarlo como Padre.

Volvamos, por tanto, al punto de partida: si un ateo se salva, es por la fe. Ahora bien, la fe no es sólo confianza, esperanza, optimismo, buen ánimo, como se la entiende a veces en el uso común. Es **fe en**, posee un contenido que los cristianos sintetizamos en el "Credo". ¿Cuál es el mínimo de contenido que se requiere para poder hablar de fe? La teología tradicional respondía: la creencia en la existencia de Dios como garante del orden moral. De este modo se podía hablar de **fe** en los hinduistas, musulmanes, etc. Pero, como se comprende, los ateos quedarían automáticamente excluidos.

Intentando superar esta disyuntiva, propone Rahner un nuevo enfoque: cuando un hombre sencillo, en su vida cotidiana, obra lógicamente, está aceptando los principios de la lógica, aunque fuese incapaz de comprenderlos en su estado de abstracción formal, y aún después de una apropiada instrucción. De modo semejante, cuando un hombre sigue los dictados de su conciencia, está afirmando un **fundamento absoluto**, aunque al expresarlo se equivoque y no acierte a identificarlo como Dios. De este modo, un ateo, que siga su conciencia, está afirmando a Dios en el orden **existencial**, a Dios captado como absoluto, aunque lo niegue en el orden **conceptual**. Este somero esbozo de una idea teológicamente fundamentada por su autor, nos permitirá comprender que es posible que se den **ateos con fe** en el Dios absoluto, captado en el sentido último de los valores, y que por esa fe obtengan la salvación.

¿CONVERTIR A LOS ATEOS?

Si admitimos que los ateos puedan serlo sin culpa, que puedan tener fe aún siendo ateos, y mediante esa fe salvarse, ¿para qué intentar convertirlos? ¿Por qué no dejarlos como están, respetando el actual plan de la Providencia?

Aunque millones de personas mueran continuamente en la infancia, en la guerra, en la ignorancia o en la miseria, el plan de Dios es que todos los hombres puedan llegar a una **madurez humana**, haber tenido la oportunidad de cumplir

una misión en esta vida. El médico, el educador, el economista, al proteger la vida, están realizando el plan de Dios. De modo análogo, aunque millones de personas vivan en el ateísmo, sin dejar necesariamente por eso de ser hijos de Dios, están llamados, en el plan de la Providencia, a lograr una **madurez religiosa**. Esto justifica que los creyentes vivamos la responsabilidad por ese proceso de maduración espiritual en los no creyentes.

La expresión "**convertir a los ateos**" no es del todo feliz y se presta a algunos equívocos. Puede hacer pensar en una especie de cambio de "partido espiritual", abandonan el suyo para ingresar en el nuestro, como si se convirtieran a nosotros y no al sólo Dios. Las conversiones robustecen nuestro prestigio y nos dejan, tal vez, la sensación de que son sólo ellos los que necesitan conversión. El Concilio, felizmente, nos habla de que todos necesitamos conversión, y no sólo en las costumbres. La madurez en la fe, que se nos exige, es una verdadera conversión.

Nuestra **pedagogía** frente a los no creyentes se caracterizaba por un intenso esfuerzo de "conversión" como si el simple hecho de ingresar en la Iglesia fuera un valor absoluto. Suponíamos que, mientras fuera ateo, estaba excluido de la gracia y la salvación. Lo asediábamos, entonces, hasta doblegarlo, al menos en la hora de la muerte, y "nos compadecíamos", para utilizar un eufemismo, de quien moría rechazando los sacramentos o, lo que era peor, negando a Dios. Y esa impaciencia por "convertirlo" llevaba, no pocas veces, a reacciones contraproducentes.

Al comprender, ahora, que la fe, la esperanza y la caridad pueden darse en el que hace profesión, no sólo externa sino inclusive por convicción sincera, de ateísmo, se impone la búsqueda de otro camino de aproximación al no creyente. Debemos avanzar por el mismo camino por el que penetra la gracia, es decir, por el de la **fidelidad a los valores que la conciencia percibe como absolutos**. No tenemos derecho a pedirle que admita más, cuando no ve más ni somos capaces de hacerle ver más.

No debemos ver en el no creyente un **enemigo de la Iglesia** o un destructor de la sociedad cristiana. Es simplemente el hermano que peregrina con nosotros en las penumbras de este mundo. Es uno que busca como nosotros. Reconocerle al no creyente que para muchas preguntas no tenemos respuestas, al menos adecuadas y convincentes, es un modo fraternal de **aproximarnos en la búsqueda**. No puede inhibirnos el temor de "perder prestigio" al aceptar que a algunas cosas las estamos todavía buscando. Entre ellas, qué significa el ateísmo en el plan de Dios.

La existencia de Dios no se prueba matemáticamente, como un teorema. Es una experiencia que se suscita en el hombre, como la del amor, que no puede ser enseñada en un manual. Las llamadas pruebas constituyen, más bien, una re-

flexión del creyente sobre su propia experiencia, para vivirla al nivel a que ha llegado su madurez humana.

No podemos arrojar a un no creyente una prueba de la existencia de Dios si no le transmitimos, simultáneamente, nuestra experiencia personal de Dios. La prueba le hará ver que no vivimos la fe como un sentimiento irracional, aburguesado o absurdo. En la medida en que el no creyente perciba la correspondencia entre nuestra experiencia y nuestra idea de Dios, es decir, en la medida en que perciba **autenticidad**, estará capacitado para descubrir en su propia fidelidad a los valores absolutos, la imagen de Dios que le anunciamos.

Ignacio Pérez del Viso S. J.

(1) Rahner K.: "En torno a la doctrina del Vaticano II sobre el ateísmo". *Concilium*, n. 23, p. 378.

(2) Rahner, op. cit., p. 380.



ROBERT
BROWN'S

WHISKY
AÑEJO SELECTO